JUAN.

¡Cuán bella era!

Sus cabellos, de un rubio ceniciento, circuían el óvalo del rostro cayendo sobre los hombros en áureas espirales; los ojos eran árabes, rasgados, negros, velados sombríamente por la penumbra de largas y arremangadas pestañas; ducales las manos; el pecho de mujer, pero sin opulencia, parecía que las líneas de su cuerpo se detenían adonde acaban las del clasicismo: robad á la palma que se columpia en las aromosas florestas de la India la gracia y la flexibilidad, y tendréis su talle; buscad entre todas las "cantaoras" de Andalucía, y cuando veais un piececillo calzado con chapín de seda recamado de lucientes lentejuelas que repiquetea en travieso taconeo sobre las tablas de una mesa, pensad en el de María; añadid un ademán garboso sin petulancia, gracioso sin afectación, y la tendréis á ella.

¡Estaba siempre triste!

Su memoria evocaba tan conmovedores recuerdos! el bosque de limoneros, las torres de la iglesia, el canario amigo, la gata blanca, los tiestos de flores!...padecía también la nostalgia del terruño, pensaba en la playa alfombrada de arena, lamida eternamente por las espumosas aguas del Pacífico, el escabroso peñón donde descansaba en los atardeceres marinos levendo á Longfellow y embriagándose con delicia en las salinas emanaciones del viento de mar, jel mar! jel mar!....jcuánto lo amaba, con sus ondas verdosas y encrespadas muchas veces, otras, azules, mansas, perezosas, ¡era su amigo! habíale dicho muchas ternezas en sus broncos rumores, y, estaba lejos!....muy lejos....!

Imposible hallar contento en aquel destierro, pero era preciso, ella lo sabía, lo habían mandado así los médicos, esos amables caballeros que miraba con terror como si fuesen mensajeros de la muerte: habíanle dicho que los vientos del natal villorrio envenenaban su organismo, que un cambio de clima le daría la salud, ¡la salud! cuánto ansiaba el precioso dón: á semejanza de Margarita Gautier decía estremeciéndose:

-¡Morir tan joven!....

Estaba tísica.

Sentía en los progresos de su enfermedad la proximidad de la muerte, y, al pensar que su preciosa existencia languidecía como las flores que se marchitan prematuramente, una lágrima, un dolor hecho diamante caía de sus ojos para secarse en las siempre ardorosas mejillas...

En el pueblo, todos le decían Juan. Si álguien preguntaba al vecino: —¿Quién es?....

El interrogado sonreía y contestaba lacónicamente: -Es Juan.

Y el curioso tenía que contentarse con la sintética respuesta.

Juan habitaba una buhardilla, situada en el barrio pobre del pueblo; la indigencia, esa marea de crecientes necesidades que casi siempre es precursora de esa tempestad de las almas que se llama la desesperación, lo había mecido en sus descarnados brazos desde niño.

Era huérfano. Ignoraba quién fué su padre; sólo sabía que su vida era el padrón de la deshonra de la mujer, que al darle el sér, había sucumbido.

Siempre estaba melancólico; veíasele pasear por los campos cabisbajo y ensimismado, como si una idea cruel se hubiera apoderado de su cerebro.

En sus meditaciones nunca reparó en las mozas, que buscaban sus miradas con esa atrevida insistencia de las coquetas que quieren aprisionar en la tela de araña de sus gracias, al desdichado á quien cupo en suerte encarnar sus caprichosos ideales. Nunca pensó que era guapo, ni que pudiera su miseria inspirar un sentimiento que, cuando más benévolo fuera, la compasión á las demás gentes ligábanlo únicamente los vínculos de la semejanza; era en su país un extranjero, un paria, porque llevaba en sus andrajos la lepra de que huyen todos: la miseria.

Cuando pudo analizar libremente, y la realidad, esa parca de los ideales arrancó de sus ojos la gasa de colores luminosos, á través de la cual había visto la vida cual un paraíso, como era altivo, pensó, estremeciéndose, en la magnitud de su desgracia, y desde entonces vió con infinito desprecio el medio mezquino donde bregaban sus ensueños.

Buscaba la soledad, esa única compañera de la desgracia, porque en su alma soñadora y artista dormían sentimientos delicados, melancolías de un corazón lastimado por el pesar y el desencanto desde la edad de las ilusiones.

Como era joven y estaba prendadado de una esperanza informe, avanzaba á ciegas en el período más peligroso de la vida del hombre que sueña.

Una conmoción nueva que agitara su ser, podría desequilibrar sus facultades en peligro y serle fatal.

Cierto día paseaba Juan por el collado.

María también.

Las ideas de los jóvenes eran diferentes y, sin embargo, había entre ellas analogía.

María temía la muerte.

Juan la deseaba.

Ella miraba el cielo.

Él buscaba algo en la tierra.

¡Tal vez la tumba!

De repente vió á María, y la fascinadora hermosura de la criatura conmovió su corazón en sensaciones que hasta entonces le eran ignoradas; aquel encuentro despertó en su espíritu todas las virginidades que había en él aletargadas; fué algo como deshojamiento de corolas...desde entonces su ser gravitó en un mundo nuevo, padeció agonías que le causaban sensaciones de extraño placer, y su corazón, antes vacío de afecciones é indiferente á todo, se quemaba en la hoguera de una pasión desgraciada, sin esperanzas, desigual, insensata....

¡Él, amando á María!...;imposible era fundir la noche en la luz!

Todas las mañanas, al asomarse á la ventana, encontraba María un ramo de flores, siempre olorosas y fragrantes, tanto, que cuando tocaba las rosas con sus frágiles dedos, veía resbalar por los pétalos las gotas de rocío, aun no evaporadas por el vaho ardoroso del sol.

La imaginación romántica de la joven se perdía en conjeturas.

¿Qué mano sería aquella que colocaba un ramillete en su ventana?..

En las noches aullaba con furia el mastín de la casa.

Los alarmados sirvientes creían

que algunos malhechores merodeaban con aviesas intenciones, y, obedeciendo á una prudencia que mucho se acercaba al miedo, habían prevenido á la autoridad municipal.

El celoso perro ladraba porque al amanecer de cada día un hombre escalaba la verja del jardín, con paso desconfiado llegaba á la ventana, y, como otro Siebel, dejaba unas

flores y escapaba.

Con la intuición adivinadora de la mujer, comprendió María que cada flor de aquellas representaba un juramento de amor, y, sin saber por qué, se sentía arrastrada por un afecto casi arrebatado hacia el desconocido.

A fuerza de pensar en Juan, la joven llegó á olvidar su enfermedad, pero ella avanzaba lenta, cobarde, traidora, implacable!.....

.........

Cierta noche que Juan, como de costumbre atravesaba el jardín, sentía violentarse los latidos de su corazón, embargándole á la vez una sensación que tenía algo de la amargura y de la alegría; en su mano temblaba un buqué de sensitivas; acercóse á la alcoba de su amada y sorprendido observó que estaba profusamente iluminada; aceleró el paso, v vió que en el centro, en un tálamo de lirios, estaba María..... muerta!...estrechando en las manos amarillas su ramo, el ramo de ese día!....

Un rumor insólito rezumbó en sus oídos, como el aleteo de un ángel malo: escuchaba los lamentos de los que lloraban, el universo desapareció para él, y, poseído de terror salvaje, escapó....

Al saltar la reja, una mano se apoderó de su brazo asiéndole fuertemente á la vez que una voz aguar-

dentosa le decía:

-Sígame á la prefectura.

Juan no tuvo alientos ni para hablar; encontrábase en un estado que mucho se acercaba al idiotismo; cuando hubieron llegado á la oficina municipal, el aprehensor dijo al comisario: - Este es el ladrón de la casa del Sr. F....

Entonces el desventurado amante de María cayó al suelo presa de violentas convulsiones.

...........

El padre de María lloró á su hija mucho tiempo, pero al fin llegó el olvido, ese tirano que lo extingue todo, y, tras de él, la indiferencia.

Algunas veces, por deber, iba á colocar una corona sobre la losa que guardaba el cuerpo de la tísica, y siempre veía un ramo de blancas azucenas, y cerca de allí, á Juan que contemplaba la sepultura.

Entonces el buen hombre sonreía con benevolencia, y mirando al huérfano exclamaba á media voz:

-Pobre muchacho, ¡singular locura!

NOCTIVAGA.

Recoge la sucia falda, ríe á los transeuntes y camina con movimiento de culebra, balanceando en las caderas su endeble busto de chiquilla.

Es bonita.

Tiene cerúleas pupilas como una núbil del Rhin, formas casi infantiles, y sonrisa picaresca, provocadora, de pilluela, de plebella.

¿Por qué está alegre esa hueríanilla sin padres, ni casa, ni alimento que llevar cotidianamente á su boquita bermeja?

¿De dónde vino?

¿Bajó mecida por tenue celaje esfumado en auríferas nébulas de oro?

¿Brotó del cáliz de regia flor de lis como arábigo perfume hecho mujer?

Ella lo ignora.